

# El arco del triunfo

Víctor Pliego

Los emperadores romanos erigieron arcos para proclamar a los cuatro vientos sus victorias. Los arcos detectores anuncian hoy el triunfo del nuevo capitalismo. Proliferan por doquier, en multitud de establecimientos e instituciones. Más pequeños que los de la antigüedad, resultan sin embargo mucho más efectivos: al vulgo nos pasan literal y diariamente por el arco del triunfo. Estos malignos ingenios pretenden protegernos de supuestas armas, pero son ellos mismos las verdaderas bombas de destrucción masiva de la dignidad. Aquí todos somos maleantes mientras no se demuestre lo contrario.

Somos visitantes sospechosos incluso cuando vamos a ese banco que se enriquece impudicamente gracias a nuestros modestos ahorros. Los únicos que van con pistola a los bancos son los dueños del banco y sus custodios, que entran por la puerta grande, sin arcos ni pamplinas.

Los amos del dinero y del mundo van armados incluso a los museos y a las bibliotecas. Los he visto entrar por encima del arco, que para eso reinan en este mundo material y lo patrocinan con su benevolencia. La seguridad es la disculpa para dar miedo y para humillarnos a conciencia. Nos despojan del bolso, del móvil, del llavero, del monedero... ¡incluso a veces hasta del cinturón! ¡Casi nos bajan los pantalones! Y no tenemos un tipo, ni una ropa interior, ni un viceroy tan chulo como Enrique Iglesias, que no duda en quitarse todo antes de meterse por el escáner en un anuncio de televisión. Dudo que a él y a sus gorilas se los pasen por el arco triunfal de la detección y amputación de pundonores descontrolados. Es a los ciudadanos de a pie a quienes nos hacen entrar y salir repetidamente, con ridículos pasitos, en un denigrante ritual y a pesar de nuestro cándido aspecto, mientras la máquina nos pita con insolencia una y otra vez bajo la mirada torva del encargado de seguridad.

Con ese sistema descubrirán pocos peligros reales. Un documental de televisión mostró no hace mucho lo sencillo que es introducir armas en un aeropuerto. Pero la farsa del arco detector cumple su importante función preventiva y simbólica: nos atornilla a presión con otra vuelta de tuerca. Ocurre a diario. Y que nadie ose alzar la cabeza. ¿Nos harán creer que es por nuestro bien? ¡Qué exquisito desafuero!